

# Antes de partir



*j e s s i c a   w a r m a n*

Elizabeth despierta la mañana siguiente a la celebración de su decimoctavo cumpleaños en el yate de sus padres y hace un descubrimiento aterrador: su propio cadáver flota enganchado a la quilla. Sin tiempo para poder digerir qué está pasando, la protagonista se da cuenta de que no está sola. A su lado se encuentra Álex, el marginado del instituto, que murió atropellado por un conductor que se dio a la fuga. Ahora Elizabeth comparte con alguien a quien jamás se dignó a mirar a la cara ese confuso territorio entre la vida y la muerte. Juntos por primera vez, y unidos por la necesidad de comprender sus respectivas tragedias, los jóvenes recorrerán el pasado y el presente y desvelarán lo que el otro no se atreve a confesarse a sí mismo...

*A M.C.W.,  
porque encajamos*

# 1

Son poco más de las dos de la mañana. Fuera del *Elizabeth* reina una calma relativa. Los barcos (yates, más bien) están amarrados al muelle, y las boyas blancas protegen de la madera su casco de fibra de vidrio y porcelana. El chapoteo del estrecho de Long Island, del agua que golpea los barcos y la orilla, es una constante de fondo. En casi todos los otros barcos (de nombres *Bien merecido*, *Intimidación*, *Buena vida*), preside la paz.

En cambio, en el *Elizabeth* gobierna la inquietud. La embarcación es un crucero de veinte metros de eslora, equipado con cocina completa, dos baños, dos dormitorios y espacio de sobra para que duerman hasta veinte personas. Pero esta noche solo hay seis. La fiesta es pequeña; mis padres no me habrían dejado dar una grande. Todos duermen, creo, salvo yo.

Llevo ya veinte minutos mirando el reloj, escuchando ese molesto *zas, zas, zas* contra el casco. Estamos a finales de agosto. Fuera, el aire es frío y el agua, desde luego, está helada. Aquí siempre es así: el agua caliente dura más o menos un mes, el de julio, pero al final del verano está fría otra vez. A veces parece que en Connecticut solo haya dos estaciones: invierno y casi invierno.

A pesar de la temperatura del agua, estoy convencida de que hay peces ahí fuera, atrapados entre el muelle y el barco, golpeándose contra el casco al tratar de escapar. El ruido lleva sonando como una eternidad. Me ha desperta-

do a la 1.57 exactamente y empieza a ponerme de los nervios.

Hasta que no lo aguanto más. Zas, zas, zas. Si es un pez, ¡es un pez estúpido!

—Eh, ¿oyes eso? —le digo a Josie, mi mejor amiga y hermanastra, que duerme a mi lado en el sofá cama de proa, con su sucio pelo rubio con mechas pegado a la cara.

No me responde, sigue roncando flojito, traspuesta desde poco después de medianoche por la combinación de alcohol y marihuana que nos derrotó a todos antes de que acabara la programación nocturna. Eso es lo último que recuerdo antes de quedarme dormida: que procuraba que no se me cerraran los ojos y le mascullaba a Josie que no podíamos dormirnos hasta la 1.37, porque esa era la hora exacta a la que había nacido. Ninguno de nosotros lo consiguió. Al menos, sé que yo no.

Me levanto casi a oscuras. La única luz del barco proviene del televisor, en silencio, de las imágenes de la teletienda.

—¿Hay alguien despierto? —pregunto, sin levantar la voz.

Las olas del estrecho zarandean el barco. Zas, zas, zas. Ahí está otra vez.

Miro el reloj. Son las 2.18. Sonrío para mis adentros: hace más de media hora que tengo oficialmente dieciocho años.

De no ser por el golpeteo, con la oscilación del barco me sentiría como dentro de una cuna. Este es mi sitio favorito del mundo entero. Que estén aquí mis amigos lo hace aún mejor, si cabe. Todo parece tranquilo y sereno. La quietud de la noche me resulta casi mágica hoy.

Zas.

—Voy afuera, a liberar a un pez —anuncio—. Que alguien venga conmigo.

Pero nadie se inmuta, ni uno solo de ellos.

—Menuda panda de borrachos egoístas —mascullo. Lo digo en broma. Además, puedo salir yo sola. Ya soy mayor. No hay nada que temer.

Sé que puede sonar hipócrita, dado que hemos estado bebiendo y fumando, pero es cierto: somos buenos chicos. Nuestra ciudad es segura. Todos los que estamos a bordo hemos crecido juntos, en Noank, Connecticut. Nuestras familias son amigas. Nos queremos. Cuando los contemplo —a Josie en la proa, y a Mera, a Caroline, a Topher y a Richie en sacos de dormir, en el suelo de popa—, la vida en el *Elizabeth* me parece un sueño brumoso.

Elizabeth Valchar. Esa soy yo; mis padres le pusieron mi nombre a este barco cuando yo tenía seis años. Pero eso fue hace mucho. Años antes de que muriera mamá, y de que mi padre se casara con la madre de Josie. Papá se deshizo de muchas cosas de mamá después de su muerte, pero siempre fue partidario de quedarse con el barco. Guardamos muchos recuerdos felices del *Elizabeth*. Siempre me siento segura aquí. Mamá lo habría querido así.

Aun así, a estas horas de la noche puede resultar espeluznante, sobre todo fuera. Salvo por el chapoteo de las olas y su sordo batir contra el casco, la noche es oscura y silenciosa. El olor del agua salada, de las algas secas en las gruesas formaciones rocosas tan cerca de la orilla, es tan intenso que, según el viento, a veces me produce arcadas.

No tengo especial interés en averiguar de dónde viene ese ruido misterioso, aunque estoy casi segura de que no es más que un pez, así que vuelvo a probar suerte con Josie.

—¡Eh, despierta! —le digo más alto.

Alargo la mano para tocarla, pero algo me lo impide. Es una sensación rarísima, como si no debiera molestarla. Por un segundo, pienso que debo de estar borracha todavía. Lo veo todo algo borroso.

Josie pestañea.

—¿Liz? —susurra.

Parece perpleja, sin duda aún dormida. Detecto un destello de algo... ¿miedo? ¿La habré asustado? Luego se queda traspuesta otra vez, y yo sola, la única despierta. Zas, zas, zas.

Los muelles son una especie de puzle de madera. Las olas rompen en alta mar y, al llegar al estrecho, suelen ser ya bastante suaves, pero esta noche las veo más altas de lo normal, y nos adormecen con su balanceo como si fuéramos un puñado de bebés. Aunque quiero ser valiente, me siento pequeñita y asustada cuando traspaso de puntillas la puerta corredera de cristal, seguida del leve chasquido de mis zapatos en la cubierta de fibra de vidrio. En cada pantalán hay solo dos luces altas: una en el centro y otra al final del todo. No se ve la luna. Se eriza el vello de mi piel desnuda.

Permanezco en la cubierta, helada, escuchando. Quizá el ruido desaparezca.

Zas. No.

Viene de popa, entre muelle y barco, y parece algo pesado, vivo, persistente, atrapado. Somos el último barco de este pantalán, nuestra popa está casi completamente iluminada por la luz. No sé por qué siento la necesidad de guardar silencio. El ruido de mi calzado en la cubierta resulta irritante, cada paso me sobresalta, por despacio que camine. Recorro un costado del barco, agarrándome con fuerza a la barandilla. Cuando estoy justo encima del sonido, miro abajo.

«Mojado.» Es la primera palabra que me viene a la cabeza antes de gritar.

«Empapada. Anegada. Boca abajo.» ¡Mierda!

No es un pez; es una persona. Una chica. De pelo largo, muy rubio, casi blanco, de un bonito color natural que resplandece bajo el agua. Su melena ondulante, mecida como las algas, le llega casi a la cintura. Lleva vaqueros y suéter rosa de manga corta.

Sin embargo, no es eso lo que hace el ruido. Son sus pies, sus botas, en realidad. Calza botas de cowboy blancas, incrustadas de gemas y con una puntera de acero alucinante.

Las botas han sido regalo de cumpleaños de sus padres. Las ha llevado orgullosa toda la noche, y ahora la puntera metálica de la bota izquierda se encuentra atrapada entre el barco y el muelle, y golpea el casco con cada ola, como si quisiera despertar a los demás.

¿Cómo lo sé? Porque las botas son mías. Y la ropa. La chica del agua soy yo.

Vuelvo a gritar, lo bastante alto para despertar a cualquiera que se halle a kilómetro y medio a la redonda. Pero tengo la sensación de que nadie me oye.

## 2

Llevo sentada en el muelle... ¿cuánto?, ¿horas, minutos tal vez? No sabría decirlo. Me miro, atrapada en el agua, mi cuerpo a la espera de que alguien vivo despierte y me descubra. Aún es de noche.

He estado llorando. Estremecida. Intentando encontrar una explicación plausible a lo que ha sucedido esta noche. Durante un rato he estado tratando de despertarme, convencida de que tenía una pesadilla. Al ver que no funcionaba, he cruzado de nuevo la puerta abierta del barco —sin esforzarme por no hacer ruido esta vez— y he tratado de despertarlos a todos. Me he puesto de pie frente a ellos y he chillado. He intentado zarandearlos, abofetearlos; he taconeado con las botas y he gritado a todos, a cada uno, que abrieran los ojos y me vieran. Nada. Al tocarlos, ha sido como si hubiera una capa fina de aislante invisible entre mi mano y sus cuerpos. Como si no pudiera alcanzarlos.

Vuelvo a estar fuera, contemplando mi cadáver. Decido: estoy alucinando.

—Elizabeth Valchar —digo en alto, con toda la gravedad de que soy capaz—, no puedes estar muerta. Estás sentada en el muelle. Estás aquí. Todo irá bien.

Pero hay cierto titubeo en mi voz, que tiembla cuando digo las palabras en alto. Me siento tan joven y sola, tan desamparada. Esto es mucho peor que una pesadilla. Esto es un infierno. Quiero a mis padres. Quiero a mis amigos. Quiero a quien sea.

—En realidad, no irá bien.

Alzo la vista, sobresaltada. Hay un chico a mi lado. No tendrá más de dieciséis o diecisiete años.

Me llevo la mano a la boca, me levanto de un brinco y doy palmas de emoción.

—¡Me ves! ¡Sí! ¡Y me oyes!

—Obviamente —dice él—. Te tengo delante. —Me mira de arriba abajo—. Siempre has estado muy buena —añade. Luego mira mi cuerpo ahogado y, casi con aire de complacencia, dice—: Pero ya no.

—¿Cómo? Un momento... ¿tú también la ves?

Los dos miramos mi cadáver. De pronto, me noto agotada y tengo mucho frío. Bajo la luz del muelle, veo la cara del chico lo suficiente como para darme cuenta de que lo conozco. Pero, por alguna razón, no recuerdo su nombre. Estoy atontada. Cansadísima.

—Obviamente —repite él.

Me muerdo el labio. No me duele. Inspiro hondo e intento contener las lágrimas. Al hacerlo, me siento ridícula. Ya he estado llorando. Algo horrible está ocurriendo; ¿por qué me da vergüenza que este chico me vea llorar? Ahora es cuando debería llorar.

—Muy bien. Obviamente, algo raro está pasando, ¿no?

Se encoge de hombros.

—Raro, no. Muere gente todos los días.

—¿Insinúas que... que estoy... —me cuesta decir la palabra— muerta?

—Obviam...

—¡Vale, vale! Dios. Esto es una pesadilla. Tiene que serlo. No está ocurriendo de verdad.

Pateo el suelo entre frustrada y aterrada. Las botas me quedan algo justas; el dolor me recorre la pantorrilla hasta la corva. ¡Dolor! ¡Me duelen los pies! Debo de estar viva si puedo sentir eso, ¿no?

—No puedo estar muerta. —Me agarro a sus hombros—. Me duelen los pies. Y lo siento. También te siento a ti.

No podría sentirlos a ellos —digo, refiriéndome a todos los que están en el barco—. ¿Tú me sientes?

—Obviamente. —Se aparta de mí como con repelús—. Si no te importa, preferiría que no me tocaras.

—¿No quieres que te toque?

—Obviam...

—Vuelve a decir «obviamente». Venga.

Intento dirigirle una mirada cruel, pero no me sale. Es el único que puede verme. Me siento confundida: ¿por qué quiero ser cruel con él? ¿No intenta ayudarme? Pero no quiere que lo toque. ¿Qué le pasa?

Se me queda mirando, con gesto indefinido. Tiene un pelo castaño alborotado. Su rostro es joven y terso, sus ojos de un gris intenso. ¿Por qué no recuerdo su nombre?

—Tú eres Elizabeth Valchar —dice él.

Asiento con la cabeza.

—Liz. Todos me llaman Liz.

Mientras hablo, tengo una sensación rarísima, como si no estuviera segura de nada, ni de mi nombre. Me siento indecisa y, de pronto, caigo en que no recuerdo mucho de anoche. Sé que hubo una fiesta; eso queda patente con solo echar un vistazo al barco, por las botellas de cerveza vacías y los restos de tarta de cumpleaños. Pero los detalles están difusos. ¿Tanto bebí?

Antes de que pueda preguntarle al chico, me suelta:

—Y eres tú la del agua. La del agua helada.

Miro a la chica del agua. «Soy yo. Estoy muerta.» ¿Cómo? ¿Cuándo? No salí del barco en toda la noche, ¿no? Me frustra mucho no recordar lo ocurrido. Mi recuerdo de lo sucedido se ha deshecho en mil pedazos, todos ellos tan pequeños y fugaces que no puedo convertirlos en un todo lógico. Recuerdo haber soplado las velas de cumpleaños. Recuerdo haberme hecho una foto con Caroline, Mera y Josie. Recuerdo haber estado de pie en el baño, procurando mantener el equilibrio mientras las olas mecían el barco, respirando hondo como si tratara de tranquilizarme. Pero

no recuerdo qué me disgustaba o si estaba disgustada por algo. Igual solo estaba borracha.

Cuando hablo, mi voz es apenas un susurro. Noto que voy a echarme a llorar.

—Eso parece. Sí.

—Y no te mueves. No respiras. —Se asoma a mirar mi cadáver—. Estás pálida. Pálida como una muerta, quiero decir.

Me miro los brazos desnudos. Allí a su lado, no tengo un aspecto tan horrendo como la chica del agua. Sigo entera, aún guapa.

—Siempre he tenido un bronceado estupendo.

La idea me resulta absurda. ¿Por qué recuerdo mi bronceado? ¿Y quién quiere estar moreno en un momento así?

Él asiente con la cabeza.

—Lo recuerdo. También tus botas están de muerte. —Una pausa—. Con perdón.

—Tranquilo. Es que... son tan bonitas. —No sé cómo, tengo la sensación de que han costado muy caras—. ¿Sabes? En clase de historia nos contaron que los egipcios solían enterrar a los muertos con un montón de objetos personales para que pudieran llevárselos a la otra vida. ¿Puedo llevarme las botas? —Una pausa—. ¿Hay otra vida? —Me miro el caro calzado, allí de pie, al lado de comosellame—. Ya las llevo puestas —murmuro.

¿Tan bonitas son? ¡Qué más da! ¡Son solo botas! Y me están destrozando los dedos de los pies. No quiero quedármelas; quiero quitármelas.

«Pero son chulas.» Me siento aturdida, abrumada, como si fuera a desmayarme. Antes de poder centrarme en otra cosa, prosigo. «Me van de miedo con el conjunto.»

Me siento muy inestable, como si nada de esto estuviera ocurriendo de verdad. No puede ser. Vuelvo a tener la efímera esperanza de que se trata solo de una pesadilla, de que despertaré, menearé los pies descalzos, tumbada en mi cama, y luego mis amigos y yo saldremos a tomar café

juntos y nos reiremos de la absurda pesadilla que he tenido.

O igual no. El chico niega con la cabeza.

—Relájate. Te precipitas. —Respira hondo—. No quiero hablar de tus botas. Antes que nada, ¿no sientes curiosidad por saber cómo es que te veo? ¿No te preguntas por qué puedo hablar contigo?

Asiento con la cabeza.

—A ver si lo adivinas —dice.

Me llevo las manos a la cara. Noto las palmas húmedas y frías en las mejillas.

—Porque no estoy muerta. Esto no está pasando. —Lo miro entre los dedos—. Haré lo que sea. Por favor. Solo dime que esto no es real.

Él niega con la cabeza.

—No puedo decirte eso. Lo siento.

—Entonces, ¿qué ocurre? No estoy muerta. ¿Lo entiendes? —Me acerco a él. Grito con todas mis fuerzas, como para alertar a todo el barco, a los barcos vecinos—: ¡No estoy muerta! —Se me ocurre algo—. Nos drogamos. Creo que tomamos drogas. Sí, ahora me acuerdo: nos fumamos unos canutos. Igual tomé algún alucinógeno. A lo mejor estoy colocadísima y esto es un efecto secundario.

Enarca las cejas. Es obvio que no se lo traga.

—¿Tomaste alucinógenos anoche? ¿En serio?

Niego con la cabeza, desilusionada.

—No, ojalá lo hubiera hecho. Ojalá hubiera comido más tarta también. —Frunzo el ceño—. No sé cómo me acuerdo de eso. No me acuerdo de casi nada. ¿Por qué?

—Me ves —dice, ignorando mi pregunta—, porque estoy muerto. Igual que tú —añade, como para reforzar el argumento.

Un leve sopor se adueña de mí mientras habla. Por un instante, el frío penetrante abandona mi cuerpo y siento calor por todas partes. La sensación desaparece tan rápido como ha venido. Y, de pronto, lo reconozco.

—Ya sé quién eres —le digo.

El descubrimiento me emociona. Quiero aferrarme a él; cada nueva idea me hace sentir más estable, más dueña de mí misma. Qué curioso; pues claro que sé quién es. No sé cómo no me he acordado de su nombre enseguida. Hemos ido juntos al cole desde jardín de infancia.

—Eres Álex Berg.

Cierra los ojos un instante. Cuando los abre, sereno, declara:

—Eso es.

—Sí. Te recuerdo.

No puedo dejar de mirar de reojo mi cadáver en el agua; miro a Álex, luego mi cadáver, y el miedo me paraliza. Mientras miro, la bota derecha, que llevo floja desde la primera vez que me he visto, por fin se suelta. Se llena despacio de agua, se sumerge con un gluglú y desaparece cuando me dispongo a atraparla. En el agua, mi pie desnudo queda expuesto, a la vez hinchado y arrugado.

Aparte de que hemos ido juntos al colegio toda la vida, recuerdo otra cosa de Álex. Su rostro ha salido en todos los periódicos durante el último año. El pasado septiembre, justo después de que empezaran las clases, volvía a casa en bici ya de noche —trabajaba en el Mystic Market, al final de mi calle— cuando un coche lo atropelló. Su cuerpo salió despedido a la cuneta. Aunque sus padres denunciaron enseguida su desaparición, cayó tan lejos de la calzada que tardaron un par de días en encontrarlo. No supieron dónde estaba hasta que alguien que hacía jogging pasó por delante, detectó el hedor y decidió investigar.

—¡Qué horror! —susurro. De nuevo, la idea me sorprende. ¿Qué me pasa? Aparte de lo obvio, parece que no hubiera filtro entre mi cerebro y mi boca. «Sé buena, Elizabeth. El pobre chico está muerto.» Procuero rectificar y añado —: Bueno, no parece que te atropellara un coche. —Y es verdad. Salvo por el pelo revuelto, nadie diría que ha sido víctima de un accidente.

—Tú tampoco tienes pinta de haberte ahogado hace unas horas. —Una pausa—. Te has ahogado, ¿verdad?

Niego con la cabeza. Es la primera vez que se me ocurre preguntármelo.

—No sé lo que ha pasado. Ni recuerdo haberme dormido. Me he despertado de pronto porque he oído un ruido fuera. —Hago una pausa—. No he podido ahogarme. A ver si te enteras, es imposible. Nado muy bien. Si casi nos hemos criado en la playa.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido? —pregunta.

Contemplo mi cadáver.

—Ni idea. No me acuerdo de nada. Tengo una especie de... amnesia, o algo así. —Lo miro—. ¿Eso es normal? ¿A ti también te pasó? ¿Tú recuerdas algo de antes de... morirte?

—Recuerdo más ahora que justo después de... después de que me pasara a mí —dice—. No soy experto ni nada de eso, pero supongo que es normal que estés un poco atontada un tiempo. Plantéatelo así —me explica—: la gente suele tener amnesia después de sufrir algún trauma, ¿no?

Me encojo de hombros.

—Supongo.

—Bueno, pues morirse es un trauma de los gordos, ¿no te parece?

—Muerta. ¡Mierda! —Me muerdo el labio y lo miro—. Perdona, Álex. Es que no me lo puedo creer. Es un sueño... ¿verdad? Estoy dormida, ya está. Tú no estás aquí.

Se me queda mirando.

—Si es un sueño, ¿por qué no te pellizcas?

Lo miro. Me siento tan poca cosa y tan desesperadamente triste que casi no puedo hablar, pero logro menear la cabeza un poco y pronunciar a duras penas un «no».

No quiero pellizcarme. Temo no despertar si lo hago. En el fondo, sé de sobra que no despertaré.